el cuerno de la luna. Agora bien, dixo la Duquesa, no haya mas, calle Doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo, como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor, que en las cortesías ántes se ha de perder por carta de mas que de ménos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compas en la mano y con medido término. Llévele, dixo la Duquesa, Sancho al Gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los Gobiernos, y que llevase yo el mio, no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renováron en la Duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos diéron traza y órden de hacer una

burla á Don Quixote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el qual le hiciéron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPÍTULO XXXIV.

Que cuenta (1) de la noticia que se tuvo de como se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.

Grande era el gusto que recibian el Duque y la Duquesa de la conversacion de Don Quixote y de la de Sancho Panza, y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vis-

(1) Así en todas las ediciones: en el m. s. original del autor se diria acaso: *que da cuenta*; ó *que cuenta la noticia*, suprimido el de.

lumbres y apariencias de aventuras, tomáron motivó de la que Don Quixote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa: pero de lo que mas la Duquesa se admiraba, era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible, que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mesmo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le lleváron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores, como pudiera llevar un Rey coronado. Diéronle á Don Quixote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero Don Quixote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro exercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le diéron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia, armóse Don Quixote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dexar, aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa

de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quixote de puro cortes y comedido tomó la rienda de su palafren (1), aunque el Duque no queria consentirlo, y finalmente llegáron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalíes. Apeóse asimesmo el Duque y Don Quixote, y pusiéronse á sus lados: Sancho se puso detras de todos,

(1) Esta cortesia en obsequio de las señoras era propia de los caballeros andantes, y aun de los que no lo eran. Así un Emperador (*en Amadís de Gaula*: cap. 121.) lleva la rienda del palafren de la Reyna; y (*en Amadís de Grecia*: P. I, cap. 47.) el Emperador de Trapisonda llevaba á la Reyna Oriana por la rienda. El P. Mariana dice que quando la infanta Doña Isabel salio á pasear por las calles de la ciudad de Segovia, en un palafren, el año de 1474, su hermano el Rey Don Enrique IV le tomó de las riendas, para mas honrarla (*Lib. XXIV, cap. I.*)

sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algun desman, y apénas habian sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, quando acosado de los perros y seguido de los cazadores, viéron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí, cruxiendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle Don Quixote: lo mesmo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorbara. Solo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al rucio y dió á correr quanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el ayre asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo, y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir

socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian y no le veian, creyéron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusiéron delante, y volviendo la cabeza Don Quixote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abaxo, y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó Don Quixote y descolgó à Sancho, el qual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesáron al jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le lleváron como en señal de vitoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del bosque estaban puestas, donde halláron las mesas en órden y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien

de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la Duquesa de su roto vestido, dixo: si esta caza fuera de liebres ó de paxarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo: yo no sé que gusto se recibe de esperar á un animal que, si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oido cantar un Romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
como Fabila el nombrado.

Ese fué un Rey Godo, dixo Don Quixote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los Príncipes y los Reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto que parece que no le habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Ántes os engañais, Sancho, respondió el Duque, porque el exercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los Reyes y Príncipes, que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra, hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo:

padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolucion es exercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos, y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es solo para Reyes y grandes Señores. Asi que, ó Sancho, mudad de opinion, y quando seais Gobernador ocupaos en la caza, y veréis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho: el buen Gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaria el Gobierno. Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los Gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme, es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran tre-

cho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga: y tripas llevan pies, que no pies á tripas: quiero decir que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino pónganme el dedo en la boca, y veran si aprieto ó no. Maldito seas de Dios y de todos sus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote, y quando será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada. Vuestras grandezas dexen á este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traidos tan á sazon y tan á tiempo, quanto le dé Dios á él la salud, ó á mí, si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dixo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador Griego (1), no por eso son

(1) Llamábase Ferman Nuñez de Guzman, de la nobilísima casa de los Guzmanes: era tambien conocido por el *Pinciano*, por haber nacido en Valladolid, que algunos tienen por el *Pincia* de los Romanos. Fue caballero del

ménos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir, que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con mas sazon acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos saliéron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga, como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro, que truxo consigo, ayudó mucho á la intencion de los Duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepús-

hábito de Santiago; y anteponiendo el estudio á toda otra profesion, enseñó griego, latin, y retórica en la universidad de Salamanca, y por esto era aun mas conocido por el dictado de el *Comendador Griego*. Fue en su tiempo uno de los mayores filólogos de Europa. Era de genio festivo y sazonado: y en su vejez se dedicó á juntar muchos refranes ó adagios castellanos, con intencion de imprimirlos explicados; pero impidiendóselo la muerte el año de 1553, los publicó otro, no con la mayor eleccion. Muchos de ellos explicó en su *Filosofia Vulgar* Juan de Mallara, sevillano, docto maestro de Humanidades en su patria. Don Nicolas Antonio que trae el catálogo de sus obras, no tuvo presente una inedita que se halla en la Real Biblioteca de S. M. y es un *Colloquio entre Philiatro* y *Comendador*, ó un gracioso diálogo contra los médicos, entre un amigo de ellos y el mismo Comendador.

culo, á deshora pareció que todo el bosque por todas quatro partes se ardia, y luego se oyéron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegáron y atronáron los ojos y los oidos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyéron infinitos lelilíes al uso de Moros quando entran en las batallas: sonáron trompetas y clarines, retumbáron tambores, resonáron pífaros, casi todos á un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quixote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mesmos sabidores de la causa se espantáron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en trage de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedia. Ola, hermano correo, dixo el Duque, ¿quien sois? ¿adonde vais? ¿y que

gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? Á lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada: yo soy el diablo, voy á buscar á Don Quixote de la Mancha, la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo Frances Montesínos á dar órden á Don Quixote de como ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decis, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero Don Quixote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dixo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen christiano, porque á no serlo, no jurara en Dios y en mi conciencia: ahora, yo tengo para mí, que aun en el mesmo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á Don Quixote, dixo: á ti *el Caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te

vea yo) me envia el desgraciado, pero valiente caballero Montesínos, mandándome que de su parte te diga, que le esperes en el mesmo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencantarla, y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los Ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuese sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y en Don Quixote: en Sancho, en ver que á despecho de la verdad querian que estuviese encantada Dulcinea: en Don Quixote, por no poder asegurarse, si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesínos: y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dixo: ¿piensa vuesa merced esperar, señor Don Quixote? ¿Pues no? respondió él: aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí, como en Flándes, dixo Sancho.

En

En esto se cerró mas la noche, y comenzáron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimesmo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué, que parecia verdaderamente que á las quatro partes del bosque se estaban dando á un mesmo tiempo quatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, léjos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quixote se valiese de todo su corazon para sufrir-

le; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la qual le recibió en ellas y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle quatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el qual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la mesma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mesmo bocací, con tan feos rostros, que Sancho habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dixo: yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este

pasó otro carro de la mesma manera, con otro viejo entronizado, el qual haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro, dixo: yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mesmo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demas, sino hombron robusto y de mala catadura, el qual al llegar, levantándose en pie como los otros, dixo con voz mas ronca y mas endiablada: yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hiciéron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo á buena señal, y así dixo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: señora, donde hay música, no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la Duquesa. Á lo que replicó Sancho: luz da el fuego y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos

cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dixo Don Quixote, que todo lo escuchaba; y dixo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compas de la agradable música viéron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos

veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente, y en un levantado trono venia sentada una Ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo ménos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni baxaban de diez y siete: junto á ella venia una figura vestida de una ropa, de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quixote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laudes que en el carro sonaban; y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrámbos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patente-